

EL ORDENADOR CÓMPLICE DE LA ABUELA

Virginia entró en el piso de su abuela como un ciclón. No esperó a que ella abriera la puerta y utilizó esa llave guardada bajo la maceta. Le encantaba esa casa. Estaba situada en el centro pero a Virginia le parecía una especie de oasis dentro de la vorágine de la gran ciudad. Una calle estrecha de una sola dirección y casi silenciosa porque por ella no circulaban autobuses. Era un ático lleno de luz con una hermosa terraza en la que nunca faltaban flores. La abuela Margarita no salió a recibirla, hablaba animadamente con una amiga en el salón y...ya sabía que esas conversaciones podrían eternizarse en el tiempo. Pasó a la biblioteca, una habitación pequeña con sus paredes invadidas por libros. Allí estaba también el ordenador donde su abuela pasaba horas y horas escuchando el inglés, navegando por internet y abriendo multitud de archivos que intercambiaba con sus amigos. Le sorprendió ver que estaba encendido, porque la abuela solía tener un cuidado extremo en no desperdiciar nada, jamás dejaba encendida una luz, o un aparato eléctrico, y mucho menos este que podía revelar parte de su intimidad. Virginia se encogió de hombros y murmuró: <<¿será el Alzheimer?>>. No pudo resistir la tentación de acercarse al ordenador. Un documento de Windows aparecía minimizado en la línea de Inicio. Sabía que no debía hacerlo, pero lo abrió. Decía así: <<Hoy es el aniversario de la muerte de mi marido. Ha pasado este año tan rápidamente que aún no he asimilado su ausencia. Los primeros días fueron casi irreales, había tantas cosas que hacer, tantos teléfonos que contestar, tantos asuntos pendientes por resolver que las horas parecían volar. Cuando me acostaba el agotamiento me hacía dormir como si estuviera bajo los efectos de un somnífero. Poco a poco las visitas se espaciaron, los asuntos se fueron resolviendo y empecé a darme cuenta de que estaba sola. Debo dejar constancia de todo lo más importante de mi matrimonio con Enrique, así mi familia lo descubrirá después de muerta. Este ordenador será mi cómplice y confidente. Casi desde el primer día hablo con él. Le comento las pequeñas cosas de mi vida diaria y le digo cuánto le quiero. Mi chifladura llega hasta el extremo de que al salir a dar un paseo, le digo: <<Cariño, vamos a dar un paseo. ¿Te parece bien?>>. A veces tengo que hacer un esfuerzo para no continuar ese diálogo imaginario mientras camino. ¡Qué difícil ha sido saber que él no estará ya más ahí, que todo depende ya de mí! Estoy haciendo cosas que no imaginaba: arreglar un enchufe, clasificar la correspondencia, enterarme de que ocurre con los bancos y su contabilidad, anotar gastos y archivar las facturas, hacer algún taladro en las paredes y otras chapucillas domésticas, llenar el depósito del coche, comprar los periódicos o el pan... Tantas cosas que él hacía y que yo apenas valoraba. Menos mal que mi salud es buena. Tras los largos meses de reclusión en el hospital luchando con él para recuperar esa salud inalcanzable, en los que mis músculos apenas se ejercitaban, ahora he recuperado mi agilidad y me muevo sin sentir ningún dolor. Mi única medicación son los alimentos que consumo. Estoy completamente convencida de que somos lo que comemos y de que nuestra alimentación puede hacernos unas personas saludables o enfermas. Busco en Google del ordenador, todo lo relativo a la salud y su relación con los alimentos. Luego procuro aplicarlo a mi vida diaria. ¡Qué difícil es acostumbrarse a la soledad! Fueron tantos años de amor, de amistad, de complicidad, de entendimiento...Ahora tengo el ordenador...mi confidente>>.

Virginia oyó un leve ruido y Margarita ya estaba de pie mirándola con incredulidad desaprobatoria, pero no dijo nada. Guardó el documento y se sentó a su lado.

--¿Sabes? Tu abuelo y yo no siempre fuimos tan felices como has leído en esa primera parte. Sí, y algún día te contaré todo...Bueno, casi todo –añadió con picardía infantil.

EL CONFIDENTE INFORMÁTICO